



Andana
editorial



El Maquinista

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte de España.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO,
DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA

Título original: Una aventura molt peluda, 2021
Esta obra ha recibido el III Premi de narrativa infantil Enric Lluch Ciutat d'Algemesí

© del texto: Elisabet Roig
© de las ilustraciones: Javier Lacasta Llácer
© de la traducción: María Viu
Revisión lingüística: Leticia Oyola

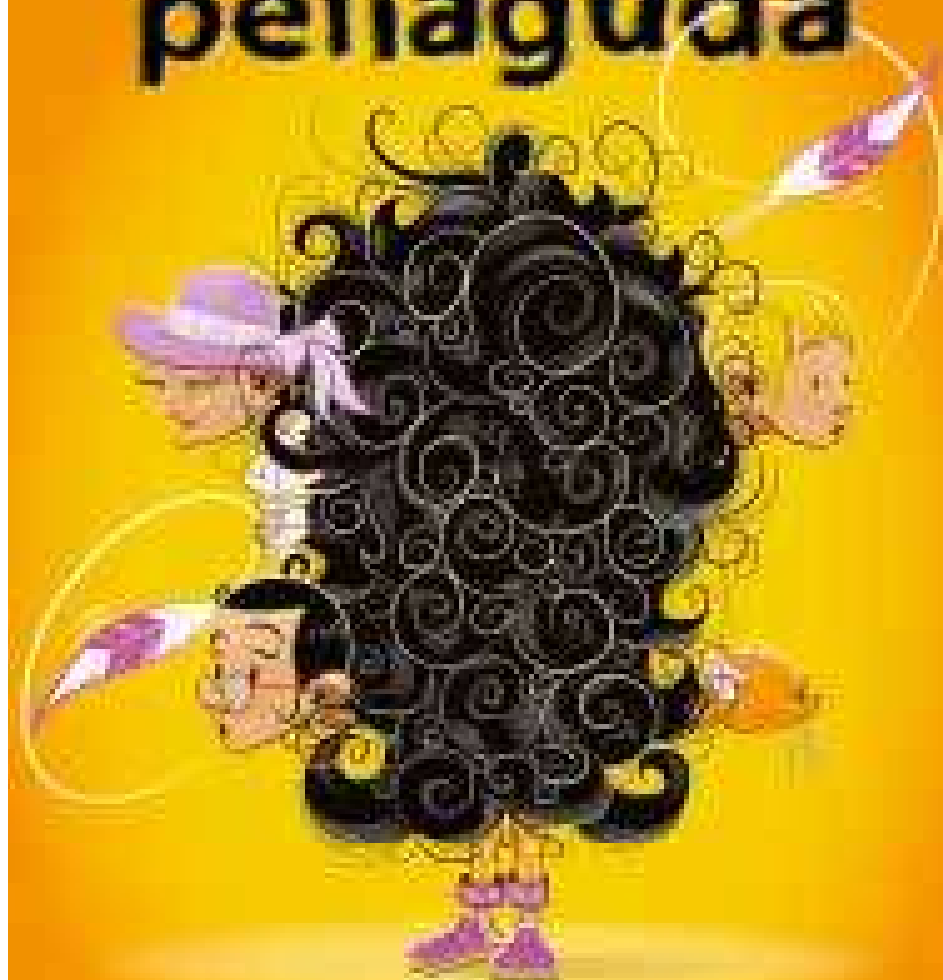
© Andana Editorial
Av. Aureli Guaita Martorell, 18
46220 Picassent
andana@andana.net - www.andana.net
Tlf. 962 48 43 82

1.ª edición: marzo de 2024
ISBN: 978-84-19913-30-2
Depósito legal: V-340-2024
Impreso por Imprensa



Prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de este libro sin la autorización escrita del editor. Dirijase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 0219 70 / 932 72 04 47).
Todos los derechos reservados.

Una aventura **peñaguda**



Elisabet Roig

il·lustrado de

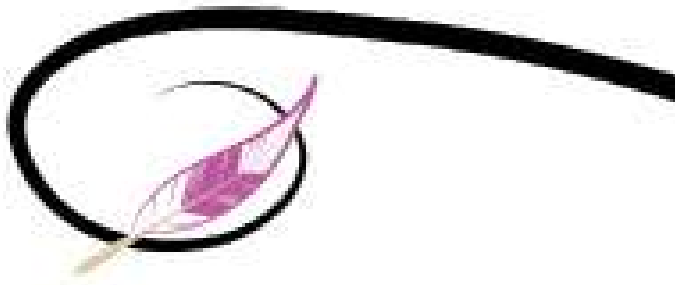
Javier Lecanda Illácer



COPIA I RE-
PRODUCCIÓ DEL
LIBRE PER A
L'USO DE LES
EScoles
i centres
educatius
de les Illes
Balears



De la cosa rarísima que pasó hace un año



Hace un año pasó una cosa muy rara. Rarísima. Si te la cuento es porque fue una cosa superrara. Y no se la he contado a nadie todavía. Pero ya no me la puedo callar más. Porque ahora mismo tengo un miedo que no me aguanto. Y, oye, que ya está bien. Que no fue ni medio normal y no entiendo por qué tenemos que fingir todos en casa que sí fue normal.

A ver. Que te lo cuento. Eso sí: tú no se lo puedes contar a nadie más. Es un secreto entre tú, que has encontrado esta libreta, y yo, que estoy cagadito de miedo escribiéndola porque ahora mismo estamos todos en peligro.

Pero primero te pongo en situación. ¿Empezamos?

Fue más o menos por esta época, un poco antes quizás, cuando a mi hermano Nacho le empezó a crecer



mucho el pelo. Pero cuando digo mucho quiero decir mucho de verdad. Mucho más de lo que debería. Porque una cosa es llevar el pelo largo como Teo, el de mi clase, que siempre mueve su flequillo arriba y abajo mientras sopla, y la otra es lo que le pasó a mi hermano en la cabeza.

Aquello fue una cosa antinatural, una cosa descontrolada. Un acontecimiento nunca visto. De verdad.

Pero, a ver, para que entiendas cómo acabó pasando. Mi madre. Esto es importante. Mi madre es una pieza fundamental del rompecabezas. Y tuvo un poquito de culpa, ya lo verás. Porque mi madre es una especie de motor con patas. Y ella no tiene el pelo largo. Ella lo lleva al uno, que quiere decir que se pasa la maquinilla eléctrica y va tan pancha. Y así le va bien, porque siempre está haciendo muchas cosas a la vez, de aquí para allá sin cesar. Mi madre, que se llama Jana, tiene una librería. La librería se llama Austen por no sé qué escritora que le gusta mucho y que dice que tenía el mismo nombre que ella.

Yo no sé quién es esta Jana Austen, no he leído nunca nada suyo. Y eso que a mí me encanta leer, pero yo soy más de Teresa Broseta, porque me he leído un montón de libros suyos unas mil veces y además me sé muchos fragmentos de memoria.





Bueno, volviendo a lo que te contaba. El caso es que mi madre trabaja todo el día en la librería y siempre está organizando saraos de todo tipo: que si clubes de lectura, que si cuentacuentos, que si ahora vienen unos bibliotecarios a esto, ahora unas maestras a aquello...

La librería no es demasiado grande, pero tiene un cuartito secreto tras la pared del mostrador donde mi hermano Nacho y yo hemos montado nuestro cuartel general. Y donde hacemos los deberes. Allí hemos puesto un ejército de robots (concretamente, Transformers) que hacen guardia para que no entre nadie. Bueno, entra mi madre, claro, y a la abuela también la dejamos entrar. Y a Sauron, que es nuestro gato de color naranja. Pero a toda esta gente de los saraos, no.

Reconozco que a veces es divertido, pero, en general, es agotador. Mi madre tiene poco tiempo para hacer cosas con nosotros e intenta, cuando baja la persiana los sábados al mediodía, que aprovechemos el día y medio del fin de semana como si fuera un mes entero. Y esto, tengo que confesarlo, ¡todavía es peor!

Durante esa época del año pasado en que a Nacho le empezó a crecer mucho el pelo, mamá andaba poco por casa e iba más agobiada que nunca con la librería. La abuela le dijo que pronto tendría que pensar en buscar



ayuda y contratar a alguien, pero, mientras se decidía, mamá empezó a olvidar cosas importantes sobre ella y sobre nosotros.

Un día se plantó en la librería con zapatillas de estar por casa. Otro día se olvidó de llevarnos al colegio. Una noche nos puso un lote de novedades de libros para cenar. Y la cosa se fue complicando cada vez más. También se volvió peligrosa. Porque una vez, cuando abrí el táper en clase, me encontré un cuchillo en lugar de la cuchara de bambú, y el maestro puso el grito en el cielo... Y como estas, muchas más.

Como Nacho y yo ya somos mayores, ella no nos baña, claro. Ya hace muchos años que no nos baña, ¿eh? A ver qué te has creído. Pero, bueno, hay algunas cosillas básicas de la higiene personal que todavía no tenemos demasiado aprendidas, también hay que decirlo. Ejem. Cuestión de organización. Por ejemplo, el tema de las uñas. A mí se me olvida y me las corta mamá.

Pues bien. Durante aquel tiempo no me las cortó nadie. Las de los pies se fueron modelando con la forma que cogieron de las zapatillas de fútbol que llevo por las tardes y que me aprietan un poco. Podríamos decir que eso me sirvió de lima. Lo reconozco. Soy un poco desastre y vago. Pero no lo hago queriendo, es que soy despistado, ¿eh?



Suerte que un día, mientras estábamos los tres sentados en el sofá viendo una peli, mamá nos cogió de las manos, en un ataque descontrolado de amor maternal, y se clavó nuestras uñas largas como cuchillos afilados en toda la palma.

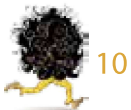
Fue justo en aquel momento cuando tomó conciencia del desastre y quiso ponerle remedio. Pero, en el caso de mi hermano, ya era demasiado tarde. Su propio cabello lo había engullido.

Y mientras mi madre iba de un lado al otro del piso, cortándome las uñas, recogiendo montañas de ropa para doblar, tratando de anotar una lista de la compra, buscando al gato (¿cuánto hacía que no veíamos al gato?), yo me eché a llorar. ¿Por qué? Pues muy fácil: porque Nacho había desaparecido dentro de una mata de pelo impresionante que no dejaba de crecer y que era esponjosa como un perro lanudo, mientras mamá corría de una habitación a otra como un cohete y, por más que la llamara, ni siquiera me oía.

Al final, mis llantos fueron tan fuertes y desesperados que mi madre se plantó frente a mí.

—¿Qué pasa, Marcos?

Y yo, lloriqueando de pena, de miedo, y reconozco que desesperado porque no me hacía ni pizca de caso, señalé



Lo dijo muy bajito y un poco asustada, porque lo cierto es que yo parecía poseído, como loco, y seguía gritando con el dedo apuntando hacia aquella bola gigante de pelos que era mi hermano. No era capaz de articular nada con sentido.

–¡Mamá! –exclamé al final.

Ella apoyó la escoba en el suelo y dijo con un hilo de voz:

–¿Qué?

–A ver, que esto no es una pelusa. ¿Me oyes? ¡ESTO ES NACHO!

Mi madre nos miró alternativamente a mí y a la bola de pelo, como si no entendiera nada. Al final, se llevó las manos a la cabeza, suspiró y me dijo:

–Ay, hijo. Haber empezado por ahí. ¡La que he liado! ¿Cuánto hace que no os corto el pelo? ¿Cuánto hace que no vamos a la peluquería? Ahora mismo traigo las tijeras y resuelvo este problema.

Problema. Sí, lo has leído bien. Mi madre dijo problema.

Por eso yo me puse a llorar otra vez.

Y todo se habría quedado en una anécdota espantosa, para qué te voy a engañar, de no haber sido porque mi madre entró en la habitación con unas tijeras de podar. ¡De



podar! Había perdido el norte completamente. Ni peine ni tijeras pequeñas ni flus-flús para alisar el cabello con agua. Unas enormes y peligrosas tijeras de podar. Y yo, claro está, venga a llorar más y más por el miedo y la angustia.

–A ver, Marcos, tranquilo, que sé lo que me hago, que no tienes de qué preocuparte. Pero no creo que unas tijeras normales o la maquinilla eléctrica puedan hacer nada en la cabeza de tu hermano, con estas melenas que lleva...

Por suerte para todos nosotros, las tijeras de podar no funcionaron.

Aunque yo no lo vi enseguida. Me había puesto la almohada en la cara para no asistir a la que yo imaginaba como sangüinaria resolución de los hechos.

En el preciso instante en que mi madre apretó las tijeras con fuerza para cortar un buen mechón, se escuchó un CRAC con muy mala pinta: se habían partido por la mitad. Las vi a mis pies rotas en dos. Y me quité la almohada de la cara.

–Esto es grave... –mi madre dijo esta frase mientras se rascaba la barbilla–. Solo veo una solución.

Salió de la habitación y la oí rebuscar dentro del armario de los trastos. El ruido de enseres, cajas y otros bultos que no identificaba me asustó todavía más. ¿Qué



narices se le habría ocurrido? Pues no te lo vas a creer. Volvió a entrar en la habitación y yo me quedé helado. Mucho más petrificado (si se puede) que mi hermano enredado dentro de su mata de pelo.

Mi madre, que parecía que se había vuelto tarumba de verdad, había sacado del armario una podadora de setos.

No me preguntes por qué tenemos una podadora si vivimos en un tercero, pero es que mamá acostumbra a guardar las cosas más extrañas e increíbles por si alguna vez las necesitamos.

El caso es que entonces sí que dejé de llorar. De llorar, y diría que de respirar. ¡Mi madre no podía estar tan loca como para pasar aquella podadora de jardín por encima de mi hermano pequeño! ¿Cómo podría detenerla?

Bueno, no fui yo quien la detuvo. Por suerte, la abuela vive en la puerta de enfrente y ya hacía un rato que escuchaba mis lloros y después mis gritos angustiados y, por suerte, también había oído el zumbido eléctrico de la podadora después de que mamá la pusiera en marcha.

—¿Qué está pasando aquí?

Es la última frase que recuerdo antes de que empezara el verdadero suceso rarísimo. Porque, si esta historia te ha parecido rara, espera a leer cómo sigue.



De lo que pasó cuando entramos dentro de *aquello*



Mi abuela es una mujer que tiene muchos años. A ver, supongo que como todas las abuelas del mundo. La mía, sin embargo, se caracteriza por su estilo, que es bastante peculiar. Me imagino también que, cuando tienes muchos años, como las abuelas, llega un momento en que te da lo mismo el estilo. El estilo y otras cosas.

Por ejemplo, la abuela no tiene vergüenza de hablar con quien sea sobre lo que sea. Aunque no conozca a la persona en cuestión. O a la hora de comer: la abuela come de todo y lo prueba todo. Así que ser abuela querrá decir que ya todo te da lo mismo porque se te han curado las manías. Bueno, que me despisto del tema y ahora no es momento de irse por las ramas. Aquello. ¿Por dónde me

